

conciencia, por haber intentado corregir, con medios prácticos, una grave anomalía social. Créelo, hija mía: el único goce efectivo es éste. Lo demás es miseria, pequeñez, satisfacción de antojos pueriles... (*Se sienta junto á la chimenea, y contemplando el fuego, cae en profunda meditación.*)

AUGUSTA, *para sí, observándole con fijeza y temor.*

Inquietud vivísima llena mi alma. No sé qué siento; no sé qué temo. ¿Esto que veo es grandeza de alma en su grado mayor, ó ebullición intelectual producida por un desquiciamiento del cerebro? ¿Serás tú la perfección humana, y no podré yo comprenderte por ser, como soy, tan imperfecta? (*Con exaltación.*) Impulsos siento de adorarte, como adoramos á los seres sobrenaturales; y de rodillas ante ti, como si estuvieras en un altar, te diría que nada hay entre tú y yo que nos una, nada que humanamente nos ligue, nada más que el lazo del culto que te debo y que te tributaré. Soy poco para ti en el orden espiritual, porque soy simplemente una mujer. Eres mucho para mí, porque has dejado de ser un hombre.

Pone la mano sobre la cabeza de Orozco, el cual, profundamente abstraído, parece no darse cuenta de la proximidad de su esposa.

JORNADA CUARTA

ESCENA PRIMERA

Vestíbulo del teatro Real.

MALIBRÁN, *paseándose de largo á largo, abstraído. Saluda maquinalmente á alguna de las personas que entran dirigiéndose á la puerta central de butacas ó á la escalera de palcos.*

¡Cuánto tarda! ¿Si no vendrá?... (*Mira su reloj.*) No son más que las nueve y media. Rabio por darle á entender con un par de reticencias buenas, pero buenas, de las que yo echo... cuando me pisan... que le he descubierto la madriguera. ¡Caramba! ¡No me ha costado pocos plañtones, ni han sido breves los ratos de espionaje! Y yo me pregunto: ¿qué sentimiento me impulsa á obrar así? ¿Será el despecho? ¿Y qué quiere decir despecho? No; muéveme la suprema ley de amor propio, reguladora de todo el vivir humano... Esa tonta me desairó; no supo apreciarme en lo que valgo, y debo hacerle comprender que no se juega impunemente con una persona como esta que aquí se pasea. Lo mejor es que, sin habérmelo propuesto, realizo un acto de justicia, y heme aquí persiguiendo el crimen, desenmascarándolo y poniéndoselo delante á quien debe y puede castigarlo. Porque

yo no pararé hasta no abrir los ojos á ese Orozco bendito, que para todo tiene vista de lince y sólo para las desviaciones de su mujer padece de cataratas. ¡Yo se las batiré, como hay Dios!... (*Frunciendo el ceño.*) ¡Pero qué vocecilla impertinente se permite susurrar dentro de mí que esta es una empresa de perfidia y traición? ¡Bah! Resabios de la moral infantil, de todo ese estúpido fárrago de instrucción primaria que le meten á uno en el cuerpo antes de poder distinguir racionalmente el mal del bien. No; seamos justos con nosotros mismos: en lo que traigo entre manos, veamos un propósito de reparación y de alta moralidad... ¡Cuidado si es torpe la conducta de esa mujer! Si al menos faltase conmigo á sus deberes, conmigo, que descuello sobre el vulgo por la superioridad y la extensión de mis talentos, por mi figura... (*Parándose brevemente ante un espejo, al dar la vuelta.*) Sobre esto no cabe duda. Yo sostengo que una de las cosas más relativas que hay en el mundo es la moral del amor y del matrimonio. Las faltas de más grave apariencia dejan de serlo, ó se atenúan, cuando ponen de manifiesto el buen gusto de la culpable. ¡Pero caerse del lado de ese vulgar y trapacero, de ese zángano, de ese ignorantón de Federico!... ¡Qué ignominia! El grado de responsabilidad de la mujer que se desvía, depende de la buena ó mala mano

que tenga para elegir. ¡Gallarda interpretación de la ley, que sólo podemos hacer los que gastamos filosofías muy finas y muy hondas! Me atrevería yo á desarrollar esta tesis y á convenir á la humanidad del alto sentido que encierra... (*Parándose otra vez ante el espejo.*) Para eso se necesita talento, y tú le tienes... (*Sigue paseando.*) ¡Qué guapo soy! Y sobre ser tan guapo, llevo estampada en esta cara la sutileza y finura de mi crítica moral y social. Y á modales, ¿quién me gana? ¡Caracoles, qué modales y qué distinción! Yo mismo, con estas rutinas cursis de la modestia, no me doy cuenta de mis atractivos personales sino por los efectos que causo en el mujerío. ¡Ay! Esta tontuela de Augusta me pagará su necedad... La he cogido, ¡pero qué bien!, en su propia trampa. ¡Y cuidado si tomaron precauciones los muy zorros! ¡Escondrijitos á mí! No, conmigo no os valdría el ocultaros en el centro de la tierra... ¡Vaya que tiene suerte ese botarate de Federico! A lo que él va, ya lo sé yo: á buscar quien le pague las trampas. Ya estoy viendo las partidas que la señora le carga en cuenta á su marido por el capítulo de alfileres... No están malos alfileres, bribona, los que tú gastas... ¡Qué obcecación de mujer!... ¡Simpleza mayor que no quererme á mí! Lo que yo digo: es estúpida, de lo más estúpido, de lo más negado que Dios ha echado al mundo. Sólo tie-

ne aquel barnicillo de cultura, graciosa y chispeante... ¿Pero qué puede esperarse de una mujer que dice que le gusta el barroquismo, de una mujer que aborrece el arte ojival, que detesta á los místicos y á los dramaturgos, y pone en solfa á Rafael y á Racine?...

ESCENA II

El mismo. CISNEROS, VILLALONGA.

CISNEROS, *por Malibrán.*

Aquí le tiene usted. Con esa carita de *santi boniti barati*, es el más desorejado galopín que anda por estas tierras.

VILLALONGA.

Y el corruptor de las personas graves y sesudas como yo. Este fué el que me arrastró á la *juerga* de anoche, de que le hablaba á usted hace un momento.

MALIBRÁN.

No, D. Carlos, él fué mi Mefistófeles. Yo estoy en mi oficina tan tranquilo, y se aparece allí este genio del mal y me saca por los cabellos para llevarme á lugares nefandos. No hay defensa contra él, y esas canas que gasta le sirven para engañar más fácilmente á los jóvenes inexpertos como yo.

CISNEROS.

Buen par de tomos están los dos, el uno con sus honradas canas y el otro con sus cuerneci-

tos ó sortijillas sobre la frente... (*Observando el pelo de Malibrán.*) Y á mí no me la da usted, Cornelio; usted se tiñe el pelo y la barba.

MALIBRÁN, *bromeando.*

Ya lo creo. Con la tinta del tintero. Vaya, no sea usted envidioso, Carlitos, y resignese á su vejez caduca. Villalonga y yo somos pollos tiernos todavía, aunque usted no quiera.

CISNEROS.

Sí, ya sé que anoche os habéis puesto como pellejos en casa de *La Peri*.

MALIBRÁN.

¿Quién se lo ha contado á usted?

CISNEROS.

Este felpudo. Por supuesto, no me digáis á mí que os divertís los muchachos ó viejos verdes de esta generación. Ya no hay alegría, ya no existe el dulce humor, ni el delirio de bacanal de otros tiempos. Desde que ha cundido esto que llaman ilustración, los muchachos, ya sean jóvenes absolutos, ya jóvenes relativos como vosotros, no saben divertirse. Se ha perdido la norma del escándalo gracioso y de los desatinos con donaire...

VILLALONGA.

¡Vamos, que si hubiera usted venido con nosotros anoche...!

CISNEROS.

¿Yo? Me divertí en mi tiempo más de lo que quise, y con una intensidad de alegría de que no podéis tener idea. Porque ya no hay buen humor; es más, yo sostengo que ya no hay mujeres.

VILLALONGA, *con malicia*.

Pues mire usted, éste nos refirió anoche cosas que prueban que las hay.

CISNEROS.

Hola, hola...

MALIBRÁN.

No fué nada, D. Carlos; bromas de este bigardón.

VILLALONGA.

Bien sabe usted que es un gran investigador de Bellas Artes, punto fuerte en pintura antigua. Pues ahora se ha dedicado á descubrir cuadros vivos.

CISNEROS.

¡Ah, pilló!

VILLALONGA.

Y tiene un ojo de perito, que vale cualquier cosa. Aquí donde usted le ve, con su diplomacia y su... equilibrio europeo, tiene la intención de un Veragua; y como le dé por los descubrimientos, crea usted que hemos de ver cosas muy buenas.

CISNEROS, *con buena sombra*.

Hablad con claridad, hijos míos, que el lenguaje enigmático ya sabéis que no se ha hecho para mí. Me gusta expresar las ideas directamente, y detesto los rodeos y parábolas. ¿De qué nefando contubernio se trata? Decídmelo; ya sabéis que lo admitiré, porque en su propia naturaleza lleva el hecho la verosimilitud. Y si me apuráis, no sólo lo admito, sino que lo disculpo, porque de menos nos hizo Dios. Somos frágil barro.

VILLALONGA.

¡Y tan frágil!... Que le cuente á usted Cornelio...

MALIBRÁN, *con socarronería*.

Nada, D. Carlos, es que descubrí un cuadro de los muchos que hay ocultos y perdidos. Y no es de autor anónimo, ¡caracoles!...; asunto erótico... Las figuras no las conoce usted...

CISNEROS.

Como si las conociera. ¿Y qué? Sois los mayores mentecatos que me he echado á la cara. ¿Creéis que yo me asusto de vuestros descubrimientos? ¿Qué podría resultar?, ¿que fueran personas conocidas, amigas mías ó de mi familia?

MALIBRÁN, *vivamente*.

No, no lo son.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Año 1922

CISNEROS.

Pues entonces... (*Restregándose las manos.*)
Contar, contar. Vengan ratas.

VILLALONGA.

Muy sencillo: éste dió en buscarle las vueltas á la mujer de un amigo nuestro, que tiene fama de virtud arisca, la mujer, se entiende.

CISNEROS.

¿Mujer de un amigo nuestro?...

MALIBRÁN.

¡Si aunque se vuelva loco no lo ha de acertar usted!...

Entran de la calle Orozco y Augusta.

ESCENA III

Los mismos. OROZCO, AUGUSTA.

CISNEROS.

¡Qué horas de venir!

AUGUSTA.

¿En qué acto están?

MALIBRÁN.

Han empezado el segundo.

OROZCO.

Hemos comido tarde... Día para mí de ocupaciones fastidiosas... No me dejan vivir. Son como las moscas, que si uno se las sacude, se irritan y vuelven con más coraje.

CISNEROS.

No se puede ser modelo de nada en estos tiempos. Como den en llamarle á uno modelo de cualquier cosa, aunque sea de ciudadanos, ya se puede encomendar á Dios. ¡Ah!, y á propósito. Yo decía: «le tengo que contar una cosa á Tomás», y no acertaba con lo que era. Ya me acuerdo. ¿Sabes que estuvo Joaquín Viera á despedirse de mí?

OROZCO.

¿Sí? Pues por casa no ha parecido.

Augusta toma el brazo de Malibrán para subir al palco. A su lado, Villalonga. Detrás, á bastante distancia, suben Cisneros y Orozco.

CISNEROS.

Está furioso contra ti. Dice que le recibiste como á un perro.

OROZCO.

Como se merecía. (*Con satisfacción.*) Y hablará perrerías de nosotros.

CISNEROS.

Lo que no puedes figurarte. Que eres un ingrato, un egoísta sin entrañas, y no sabes comprender la abnegación con que mira por tus intereses.

OROZCO.

No creo que exista tunante más gracioso.

CISNEROS.

Dice que por no chocar, y por darte una prueba más de benevolencia, acepta la proposición denigrante que le hiciste.

OROZCO.

Denigrante..., eso es. Así la llama en la es-
quela que me escribió cerrando el trato. ¿Pues
qué quería? He sido con él generoso hasta la
esplendidez.

CISNEROS.

Habías de oírle. ¡Qué lengua! Ya sabes que
yo no me espanto de nada. Pues tuve que su-
plicarle mudara de conversación. En fin, que
se marcha mañana.

OROZCO.

Ya lleva cuerda para algún tiempo. No tiene
motivos de queja, pues por una obligación pres-
crita le he dado casi el doble de lo que pagó por
ella... ¿Y habló con usted algo de su hija Clo-
tilde? Porque tengo curiosidad de saber...

CISNEROS.

¡Ah!, sí... Pues contentísimo. Es hombre de
una llaneza patriarcal. Ni asomos de los escri-
pulos de su hijo. Por él, si la niña quiere ca-
sarse con el verdugo, que se case. En medio de
su extravagancia, tiene rasgos de ingenio do-
nosísimos. Asegura que en la determinación de
Clotilde influye el instinto de renovación de la

raza española, repugnando los entronques aris-
tocráticos y similares, y prefiriendo el cruce
con las razas inferiores, que son las más sanas.

OROZCO.

Tiene chiste.

CISNEROS.

Vamos, que me reí un rato con él; y al fin
volvió á vomitar denuestos contra ti, llamán-
dote jesuitón, cuáquero, chupador de la sangre
del pobre, rico avariento, y qué sé yo qué.

OROZCO.

Bien, bien, bien.

*Augusta y Malibrán entran en el palco. Villa-
longa, Orozco y Cisneros se detienen en el pasillo,
donde aparece el conde de Monte Cármenes.*

ESCENA IV

OROZCO, CISNEROS, VILLALONGA, MONTE CÁR-
MENES.

MONTE CÁRMENES.

Aquí estoy esperando á que se acabe el dúo.
No puedo resistir al tenor, con ese braceo como
si estuviera cogiendo moscas, y esa voz que pa-
rece la de un gato cuando le pisan la cola.

VILLALONGA.

¿Y cómo no dice usted *bien*, *perfectamente
bien*?

MONTE CÁRMENES.

Yo no juzgo al tenor, y si lo he juzgado, me desdigo. No me gustan juicios temerarios. Sólo que no me divierto oyéndole, y mientras él se gana el pan pegando gritos, yo salgo á fumar un cigarro.

OROZCO.

¿Y Pepita?

MONTE CÁRMENES.

Más animada. En nuestro palco está. Pase usted á verla y se lo agradeceré, que allí tenemos á nuestro pobre Cícero dándole matraca. Entre él y ese tenor de la clase de grillos, me hacen la vida infeliz las noches de ópera.

CISNEROS.

Dígame, Conde: ¿fué usted también de los que anoche se subieron á la parra en casa de *La Peri*?

MONTE CÁRMENES.

¡Yo! D. Carlos, no me confunda con usted mismo. Yo no voy á esos sitios execrables y pecaminosos.

OROZCO.

Si anduvo usted en malos pasos, ¿por qué negarlo ahora? Nosotros no se lo hemos de decir á Pepita.

CISNEROS.

¡Oh!, yo sí, yo se lo diría, si este pillín no me asegurara bajo su palabra que no estuvo.

VILLALONGA.

No; el Conde no va sino cuando no hay nadie..., como usted.

MONTE CÁRMENES, *mascando el cigarro*.

¿Yo?... ¡Buenos estamos D. Carlos y yo para fiestas! Nos hemos cortado la coleta.

CISNEROS.

Es mucho decir. Que uno sea honesto y cumpla la ley de Dios, no significa que se corte nada.

OROZCO.

¿Entramos ó no?

MONTE CÁRMENES.

Me parece que ha concluido el dúo. (*Tira el cigarro.*) Voy al palco de mi primo. (*Se aleja, y retrocede llamando á Orozco.*) ¡Ah!, Tomás, se me olvidaba. Usted ¿cuándo piensa ir á las Charcas?

OROZCO.

El sábado por la noche. Vienen dos días de fiesta, domingo y lunes la Candelaria. ¿Se anima usted?

MONTE CÁRMENES.

Es posible. (*Se dirige hacia el extremo del pasillo curvo. Orozco, Cisneros y Villalonga entran en el palco de Monte Cármes.*)

ESCENA V

Interior del palco de Orozco.

AUGUSTA, *en el antepecho*; MALIBRÁN, *detrás*: *En el antepalco, la SEÑORA DE TRUJILLO, leyendo La Correspondencia.*

AUGUSTA.

Ya, ya sé..., me lo ha dicho Aguado, que es, como usted sabe, el denunciador de todas las inmoralidades. Es usted un libertino, un escandalizador; está usted dando malos ejemplos.

MALIBRÁN.

Efectos de la murria y la desesperación. Deseo aturdirme. Quiérame usted, y seré un modelo de templanza y virtud.

AUGUSTA.

¿Que le quiera yo? (*Con displicencia.*) No sea usted mamarracho.

MALIBRÁN.

Pues acabaré por perderme... De seguro me pierdo.

AUGUSTA.

¿No está todavía bastante perdido?

MALIBRÁN.

Por usted... Pensaba contarle mis aventuras, para que se vaya persuadiendo de que corro al abismo y se compadezca y me salve.

AUGUSTA.

¡Que le salve yo!...

MALIBRÁN.

Pero no quiero escandalizar á mi virtuosa amiga refiriéndole mis maldades... (*Para sí.*) ¡Caray, que no acierto á deslizar entre las flores la flecha envenenada! Veremos si por este otro lado... ¡Ah!, sí. (*Alto.*) Nosotros los perdidos sabemos respetar la susceptibilidad de las almas puras, á cuyo oído no debe llegar jamás una frase maliciosa. (*Para sí.*) Allá va la punta, salga como saliere. (*Alto.*) Es usted una criatura angelical, encanto y desesperación de los hombres imperfectos y frágiles que tenemos la desgracia de adorarla.

AUGUSTA.

¡Ave María Purísima, hasta cursi se está volviendo este hombre!

MALIBRÁN.

Pertenece usted á la escuela de su marido, que fingiéndose insensible á las desdichas humanas, realiza en secreto las obras de caridad más admirables.

AUGUSTA, *mirándole con cierto temor.*

¿Qué...?

MALIBRÁN, *aguzando su ingenio.*

Nada, amiga mía; que no le valen á usted sus disimulos ni sus artimañas de modestia para asegurarse la indiferencia pública. La admiración, como la envidia, engendra la curiosidad, y la curiosidad acecha la virtud para descubrirla

y sacarla de las tinieblas. Hay espionajes que los mismos ángeles no desdeñarían, porque tienden á indagar los pasos más silenciosos de la virtud para denunciarlos al agradecimiento de la humanidad; y este espionaje santo la sigue á usted hasta descubrir las guaridas apartadas y excéntricas adonde va secretamente en busca de miserias que aliviar y lástimas que socorrer, cumpliendo la obra misericordiosa de consolar al triste.

AUGUSTA, *para sí, turbada, mirando con los gemelos á la escena.*

¡Maldito seas tú y toda tu casta!

MALIBRÁN, *para sí.*

Sacúdete la banderilla, tontaina... (*Alto.*) ¿Qué dice usted?

AUGUSTA.

No he dicho nada. Pensaba que está el diplomático esta noche más tonto que de costumbre, ó como dicen en la ópera, *che dall' usato, piu noioso voi siete*; pero no me determiné á decirselo.

MALIBRÁN.

Sí, estoy yo muy tonto... (*Para sí.*) Vamos, que si me apuras te suelto el nombre de la calle, el numerito y hasta el piso... (*Alto.*) Admirable cosa es la modestia, y adorno lindísimo de la verdadera virtud. Pero no le vale, no le vale...; no puede usted evitar nuestros homenajes.

AUGUSTA, *que mira á los palcos para disimular su ira, y críspa los dedos, oprimiendo los gemelos. Para sí.*

Ya te daría yo á ti homenajes, y te estrellaría en la cara los gemelos.

MALIBRÁN.

Es natural que mi ilustre amiga se enoje conmigo porque le descubro las perfecciones.

AUGUSTA.

¿Enojarme yo? ¿Piensa usted que escucho sus bobadas? (*Sonriendo sin espontaneidad, y queriendo dar á su despecho un acento de broma.*) ¡Antipático!

Se adelanta la señora de Trujillo.

MALIBRÁN.

Se habrá enterado usted de que el papel *Cuadradista* está muy en baja.

TERESA.

Y tan en baja... que ya no lo quiere nadie ni regalado. ¿Ha leído usted la declaración del cura de San Lorenzo, según el cual, Cuadrado confesaba una semana sí y otra no?

AUGUSTA, *con hastío.*

¡Ay, Teresa!, ya el crimen apesta.

TERESA.

Pues para mí no perderá su interés hasta que no vaya al palo esa tarasca... Pero dejémoslo ahora. ¿Sabes que el tenor este parece el sereno de mi calle? Tenemos un empresario que tam-

bién debería ir al palo. ¡Qué adefesios nos trae!
¡Quien oyó esta ópera por la Lagrange, Fraschi-
ni y aquel Varessi...! (A Malibrán.) ¿Alcanzó
usted á Varessi?

MALIBRÁN.

Le oí en Italia. ¡Qué pedazo de barítono!

TERESA, *llamando la atención de Augusta.*

Dime, ¿qué promontorio es aquel que se trae
en la cabeza la de Barragán?

AUGUSTA, *sin dejar de mirar con los gemelos.*

Estoy estudiándolo y no puedo entenderlo.
Es un tocado Directorio, de una exageración...
¡Qué mamarracho!

MALIBRÁN.

No quieren comprender que estos prendidos
Directorio y Primer Imperio, hoy tan en boga,
exigen un corte de busto muy airoso, y las que
no tienen arte para saber adaptarse las modas,
se ponen hechas unos esperpentos.

AUGUSTA.

Cierto. Y algunas, con tanto plumacho, vie-
nen hechas unos milicianos nacionales. (Dando
los gemelos á la de Trujillo.) Teresa, por Dios,
mire usted el escote que se ha traído la de Te-
llería. ¡Qué escandalosa!

TERESA, *mirando.*

¡En el nombre del Padre...! No le falta más
que la manzana en la mano. (Suenan grandes

aplausos.) ¡Pero qué tontos!... ¿Cómo aplauden
estas boricadas?

MALIBRÁN.

La *claque* está insoportable.

TERESA.

Pero si son los de butacas los que alborotan.

AUGUSTA.

Es que la alabarda de abajo es la peor.

*Entra Monte Cármenes, que saluda á las dos
señoras. Trábase conversación entre Teresa Tru-
jillo y los caballeros.*

AUGUSTA, *para sí, dirigiendo los gemelos á una
parte y otra.*

Miro y remiro, y no le veo arriba ni abajo.
¡Qué inquieta estoy! En el palco de los *gorrio-
nes* no está..., ni tampoco en el de San Bernar-
dino..., ni en butacas. ¡Si no vendrá, después de
habérmelo prometido tan formalmente! Quiero
ponerle en guardia contra el espionaje de este
arrastrado Malibrán, que parece nos sigue los
pasos, y que si no nos ha visto aún..., digo, yo
creo que no nos ha visto..., nos verá el mejor
día. (Alto, tomando parte en la conversación *gene-
ral.*) ¡Enteramente un fiasco; y cuidado si anun-
ciaban á este tenor como *estrella del arte!* (Para
sí.) ¿Será aquel? (Mirando.) No, no es. No creo
que deje de venir. ¡Ay!, no vivo hasta no saber
lo que piensa de la proposición de Tomás. ¿Cómo
tomará la idea de reconciliarse con Clotilde?